

Trilogía crítica de un pensador

Santiago Manzanal*

La vida humana no es otra cosa que un enorme haz de referencias. Al margen de cualquier enunciación teórica que pudiera servirle de soporte a una tal afirmación, el diario vivir-tan sólo eso-, incluso el más simple y anodino, nos demuestra, de tan obvia, perogrullescamente, la verdad incontestable de que nuestra vida se hace siempre hacia adelante y en medio de un mundo concreto que, como tal, contiene "lo otro" y a "los otros". Cosas y prójimos, pues, son parte inseparable de nuestra existencia y conforman esa circunstancia con la que, gústenos o no y muchas veces muy a nuestro pesar, tenemos irremediablemente que habérnoslas. Así, pues, con ella, con la circunstancia -entendida con la honda significación e implicaciones que le confiere Ortega y Gasset-, "tenemos que contar", tanto como lo hacemos con nuestros huesos, nuestra carne y nuestra piel. Mas este "tener que contar con..." adquiere aquí, en este contexto, un alcance mucho mayor y más profundo que un simple verse forzados a echar mano de un algo que está frente a nosotros; y esto, fundamentalmente, porque cada vida humana, más que poseer propiamente una determinada y peculiarísima circunstancia, es también su circunstancia. En otras palabras: hombre y mundo -o en una tesitura más íntima, personal y subjetiva: yo y mi circunstancia- no guardan entre sí una relación meramente tangencial y postiza, sino que, muy al contrario, tórñense en dos momentos inseparables de una sola y única realidad. Esa realidad no es otra que la misma vida humana. A este tenor, es claro que el hombre no puede, ni aun queriéndolo, substraerse de todo ese conjunto de innumerables cosas, y de tan diversa índole, entre las cuales ha de hacer su vida; hallase, pues, en la necesidad imperiosa de establecer mil tratos y relaciones con ellas. De ahí que, con gran tino, se haya solido hablar de que el existir del hombre es un "co-existir", esto es, una existencia compartida. Y en este permanente "loma y daca" con lo que está ahí, dado, frente a él, con su mundo, el hombre tiene dos modos fundamentales de abordarlo: uno, el más primigenio, obediente, se podría decir, a su deseo de sobrevivencia, que consiste en un **hacer práctico**; y el otro, más tardío, más dificultoso, destinado a satisfacer sus inmensas incertidumbres y curiosidades, que se resuelve en un **hacer teórico**. Tales quehaceres, pues, responden a dos dimensiones esenciales y específicas del humano vivir. Mediante la primera, el hombre, a diferencia de lo que acontece con el animal, en vez de responder mecánicamente a los estímulos del medio ambiente, actúa y, al así hacerlo, transforma y adapta su rededor a él conforme a los fines y metas que, por su imaginación prospectiva y por anticipado, se propone. En este sentido, el hombre es fundamentalmente un "ser técnico". Gracias a la segunda, el hombre ve con la razón, más que con los sentidos, la realidad toda y, de este modo, trata de aprehenderla e interpretarla intelectualmente. Es aquí donde el hombre se nos revela como un "ser teórico".

Ahora bien, independientemente de cualquier consideración sobre el grado y medida en que la teoría y la práctica -"praxis" prefieren llamarla algunos- se necesitan y reclaman entre sí en los diferentes campos o realidades a que se las aplique, y aparte de la estima-

* Licenciado en Filosofía. Catedrático de la Universidad Autónoma de Centro América y de la Universidad Nacional. Fue Director de Producción Académica en la Universidad Estatal a Distancia. Asimismo, fue Director de Investigación, y Decano a.i., en el Centro de Estudios Generales de la Universidad Nacional. Es autor de varios artículos, publicados en revistas especializadas y en la prensa nacional. Ha traducido la obra fundamental del Dr. Clodomiro Picado Twight: **Vaccination contre la sénescence précoce**. Sobre dicho científico ha publicado también la obra: **Filosofía y ciencia en Clodomiro Picado Twight**.

ción y jerarquía que a una y otra se les quiera otorgar, lo que pareciera estar fuera de toda discusión es el hecho de que, si a la par de nuestras acciones no hay un intento de dar razón de éstas, la sumersión de nuestra vida en la correntada de un continuo y desentrenado hacer carecería de sentido e inteligibilidad. "Dar razón de..." es explicar. Y explicar, si atendemos a su etimología, no otra cosa significa que desdoblar. Es ésta tarea que atañe al "hombre teórico", que, por así decir, trata de desdoblar o desplegar esa especie de plica, de pliego cerrado, en que pareciera convertirse la realidad. Mas, al igual que lo que sucede con el oro, que, sin dejar de serlo, lo hay de menor y mayor quilataje, así también explicaciones hay que explican -sirva aquí el pleonasma- mucho más que otras. Hay, pues, explicaciones parciales y otras que no lo son tanto, es decir, más globales y totalizadoras. Y, como en toda explicación media un saber y todo saber a la vez orienta, bien se puede afirmar que también hay orientaciones que lo son más y mejor que otras. Esta actividad del espíritu la asumen de manera particularísima aquellos que, especialmente vocados para faena de tanta envergadura, y dentro de la división de funciones que trae consigo la sociedad, son conocidos con el nombre de intelectuales. Al parecer, y por lo mismo que hasta aquí hemos venido diciendo, éstos -los intelectuales- no están exentos de ciertas obligaciones. Y es que, equipados de mejores y más fundamentados modos de interpretar y entender, como es de suponer en razón de su misma actividad, y por eso mismo dotados de una más afinada perspicacia, no pueden dejar de cargar sobre sus espaldas la pesada responsabilidad de atender a las preocupaciones y peculiaridades del diario acontecer, y, con ello, de señalar rumbos que guíen la andadura de los demás. La responsabilidad de los intelectuales es, pues, enorme. Lo ha sido siempre; pero muy particularmente en esta nuestra época, en la que la desorientación y despiste de muchos -por no decir de los más- es cosa de todos los días. Más he aquí que el problema cambia y se agrava cuando, paradójica e irónicamente, son los intelectuales mismos, o al menos una buena parte de éstos, los que andan al garete. Habida cuenta del papel que les corresponde desempeñar y del influjo que en el pensar y actuar de las gentes pueden ellos ejercer, las sociedades en que eso acontece corren el gran riesgo de desmejorarse en muchos de sus aspectos, de venirse a menos y, así, embarcarse en formas y estilos de vida mediocres y hasta rastreros. Es entonces cuando, con urgencia, se necesita que algunos de entre ellos -de entre los intelectuales, se entiende- se den a la ingente tarea, casi heroica, de poner el dedo en la llaga y hacer las correcciones del caso. Que un intelectual les señale a los otros -a los del gremio, por así decirle— sus debilidades, incoherencias y contradicciones, no es trabajo fácil, pues, por lo general, éstos, pagados de sí y de su obra -quizás más de lo primero que de lo segundo-, instalados en una determinada "visión del mundo" y aferrados a ella, creyéndose en muchos casos poseedores de la clave de casi todo y de una lectura supuestamente correcta de la realidad, difícilmente tienen la humildad de parar mientes en la fragilidad y crasos errores de que muy a menudo adolecen sus doctrinas.

Pues bien, esta tarea, para la que, además de otras muchas condiciones y calidades, hacen falta ecuanimidad, valentía y honestidad intelectuales, desde hace ya mucho tiempo la viene tomando en sus manos Francisco Álvarez González. La reciente aparición de su libro **Los Intelectuales y sus mitos** nos revela, ya desde su mismo y sugerente título, ese faena -inagotable a través de toda su muy variada y vasta producción intelectual-¹ que Álvarez lleva acabe y merced a la cual, valiéndose de una pluma formidable, brillante y analítica, agujonea, provoca, orienta muestra, denuncia, demuestra y, al final, convenciendo vence y se enseñoa. **Los intelectuales y su; mitos** es una obra que, como sucede con tantas otra de nuestro autor, se caracteriza por tener una unidad temática, bien configurada, y una abundante riqueza de contenido que la hacen explicable por sí misma. Sin embargo, cobra ésta una más precisa significación cuando la situamos en un contexto mayor, del cual forma parte inseparable. Y es que dentro de la larga lista de sus escritos podemos distinguir una espléndida trilogía, constituida por **El reto de la mediocridad**, **Camino de sensatez** y la obra ya citada. Es ésta, pues, una trilogía que, por lo que dice, examina y denuncia, resulta ser sumamente crítica. Pero la verdad es que, viniendo de un intelectual de la enjundia y casta de Francisco Álvarez, no podía ser de otra manera. El efecto, la vida intelectual, si es realmente auténtico supone un estar permanentemente en guardia y, corre el búho, con los ojos muy abiertos y la mirada profundo atento al diario acontecer para, así, poder señalar gritar a los cuatro vientos dónde está el mito y dónde razón, dónde la falacia y dónde la verdad, dónde esperanza y dónde el inicio del despeñadero... De al pues, la inevitable crítica y la responsabilidad, seguía más arriba señalábamos, que han de acompañar siempre al quehacer del intelectual. Más en esto de la crítica, y puesto que humanos somos, hay muchos modos y maneras tanto de hacerla como de recibirla. Inconfesables sentimientos o retorcidos mecanismos nuestro complejo mundo interior, de nuestra psique, nos suelen predisponer o bien a criticar mezquina-

¹ Recientemente tuve el prurito de tratar del cuantificar la copiosa producción intelectual del Dr. Francisco Álvarez González, compuesta de libros, artículos en revistas y en la prensa, conferencias, prólogos y un sinnúmero de publicaciones más. A excepción de unos pocos escritos de los que no sé a ciencia cierta su extensión exacta, he contabilizado, pues, lo que no se podría en este caso llamar: sus "obras casi completas", las cuales arrojan al día de hoy, con un margen mínimo de error, un total de unas 6.500 – seis mil quinientas – páginas.

mente de los demás justo lo que nos hace falta y vívidamente anhelamos, o bien, por ésta misma u otras razones, a no aceptar del todo la crítica ajena, más aún si no se tiene, ni en lo individual ni en lo colectivo, la buena y sana costumbre de la sincera autocrítica. Cuando esto ocurre, cuando entre nosotros y la crítica interponemos esta clase de actitudes y juicios, entonces la crítica pierde efecto y se desvanece al no poder ya provocar, ni en la razón ni en el corazón, el arrepentimiento y el consecuente propósito de enmienda. Desde una posición vertical, diáfana y sin concesiones, que es característica en su vida y en su obra, Francisco Álvarez critica sin ambages, certera y descarnadamente; pero, lejos de poquedades, odios y resquemores, lo hace con un inmenso amor. Indirectamente deja traslucir estos sus sentimientos e intenciones cuando, analizando el sentido e importancia de toda crítica, nos dice: "Nuestra escasa predisposición a la crítica se debe a que disociamos a ésta del amor; y, es más: a que la crítica es signo o manifestación de falta de cariño para el agente criticado, individuo o pueblo. Por eso, la crítica se asocia más que con el amor con el odio. Pensamos: poco se ha de querer a tal hombre o tal grupo humano cuando tanto y tanto se le critica, cuando tanto se señalan y destacan sus defectos y no se airean, por el contrario, sus méritos y excelencias. Deberíamos, contrariamente, acostumbrarnos a pensar que el sentimiento que aguijonea a la crítica es, tantas y tantas veces, el amor. Que porque amamos intensamente a alguien nos duelen las máculas que le deslustran y desdoran y que con la crítica deseamos vivamente hacérselas ver, a fin de que las corrija. Que el amor es tan grande que subsiste a pesar de los defectos. Y que la crítica persigue, en lugar de rebajar a alguien, enaltecerlo, hacerlo aún más digno de amor, porque estamos íntimamente convencidos de que se lo merece. El amor, frente a lo que comúnmente se piensa, no es el diosencillo con los ojos vendados. A la inversa, los tiene bien abiertos y, por eso es capaz de avizorar, con perspicacia, lo malo y lo bueno... Deshagámonos de la falsa creencia, pues, de que toda crítica hallase inspirada por el desdén, por el afán de burla, por el odio y no por el amor. Acojámosla, por lo tanto, con benevolencia".¹

Y así, incansable y agudo espectador, Francisco Álvarez posa su mirada sobre los sucesos y vicisitudes del contorno, los examina, los relaciona, saca a flote sus entresijos y, a la luz de la historia y de los grandes esquemas de pensamiento, nos va descubriendo y haciendo más inteligible ese inmenso escenario en que nos movemos y somos los hombres sigloventinos. Un escenario, ciertamente, inmenso porque el origen y fin de sus desvelos es Occidente o, mejor aún, entendida en su acepción más amplia, toda la cultura occidental, que, en la hora actual, hace aguas por varios de sus flancos. Por eso, hace algún tiempo, estando yo escribiendo para una revista unas cuantas líneas sobre nuestro autor y tratando de expresar en una imagen, más o menos afortunada, lo anterior, dije en aquella ocasión -y hoy de nuevo lo repito- que a Francisco Álvarez le duele Occidente entero, que Occidente está dentro de él y que lo siente y resiente con pasión y cansancio, con escepticismo y esperanza, con pesadumbre, mucha preocupación y un poquito de nostalgia. Y, para poder apreciar cabalmente, en toda su magnitud y hondura, este su decir y sentir, no hay manera mejor que abordar directamente su obra y, concretamente en nuestro caso, esa trilogía crítica a la que hemos venido refiriéndonos. Lo haremos aun a sabiendas de que, por la brevedad misma de estas líneas, quedará inevitablemente aquí menguada toda la envidia que esos tres libros encierran.

El reto de la mediocridad,² el primero de la trilogía, publicado en el año de 1986, es el resultado de una pausada y muy elaborada meditación en la que, volviendo la vista atrás, su autor contempla panorámicamente todo el camino recorrido por las sociedades y cultura occidentales desde los inicios de este siglo hasta nuestros días. Y, al hallarse con que las últimas de estas ocho o nueve décadas pasadas exhiben muchas y substanciales cosas que no son, precisamente, muy gratas de ver, dejase escapar en el libro una cierta amargura y un pesar no disimulado.

Toda obra de envergadura suele generalmente presentar una tesis medular en torno a la cual se desenvuelve el raciocinio de su autor. Pues bien, en **El reto de la mediocridad**, Francisco Álvarez formula la suya acompañada de un paciente y sesudo análisis, en cuya base hallase, de previo, el talante de quien toma la justa y necesaria distancia para no caer en errores de óptica por causa de posiciones excéntricas, tan habituales en nuestros días. La tesis en cuestión, que sigue subyacente en las otras dos obras de la trilogía, se centra en afirmar que, desde 1950 para acá, Occidente entero ha caído en una mediocridad irritante, si bien "por ciertos lares", como gusta de decir su autor, mucho más estrepitosa y abismalmente que en otros. Más aún: el ensueño que en nosotros pueda suscitar la excepcional riqueza en la invención y producción de tantas y tantas realidades materiales de todo tipo -en las que justamente estas últimas décadas son pródigas-, no debe hacernos perder de vista el hecho de que este mismo período de tiempo muestra, en curioso contraste, una enorme pobreza en lo concerniente a

² Francisco Alvarez , Los intalactualss y sus mitos (San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1992), p. 10.

³ Respecto de esta obra, en setiembre de 1986 publiqué un artículo en el periódico La Nación, en su suplemento "Ancora". Por considerarlo oportuno para el fin que persiguen estas líneas, retomo hoy aquí una buena parte de lo que escribí entonces.

las grandes construcciones e intuiciones culturales, sean éstas científicas, filosóficas o de cualquier otra índole, que, en cambio, fueron la visible e inconfundible divisa de la primera mitad del presente siglo.

A este respecto, dice Álvarez: "Cuando se lanza una mirada de conjunto sobre esta segunda mitad del siglo XX, y se contrasta lo que nuestros ojos ven con la imagen en nosotros depositada por cualquier otro vistazo análogo a sus 50 primeros años, el resultado de la comparación es como si no viéramos nada. La nada es siempre **nada de algo**; cualquier otra realidad que queramos atribuirle es contradictoria. El vacío, la nada de contenido de este **ver en conjunto -synorao**, que decía Platón- lo que se extiende aproximadamente desde la década de los cincuenta hacia acá, es el precipitado o consecuencia de observar cómo faltan tantas y tan ricas y exquisitas cosas -desde el punto de vista de las creaciones culturales de todas clases- en que, por contraste, y para peraltar aún más la ausencia, fue opima la primera mitad de nuestro siglo. Como en cualquier sociedad las clases, hay en la historia épocas pobres y épocas ricas. La nuestra -estos ya treinta y tantos últimos años-es más que pobre, indigente, paupérrima".⁴ Ante una tal situación, lógico es preguntarse sobre qué es lo que ha sucedido para que el paisaje cultural se nos haya ido poniendo yermo y lúgubre, monótono y sin relieves. La respuesta, evidentemente, no puede hallarse en un presunto deterioro de la especie humana. Tratase, más bien, de un cierto "clima" cultural -conceptual, si se quiere- que envuelve todas las dimensiones del pensar y quehacer humano; que facilita, estimula y hasta exige del hombre actual ramplonerías por debajo del nivel del mar. Así lo expresa el autor: "Si, pues, los hombres biológicamente no han degenerado, la proporción de genios, de mentes brillantes, excepcionalmente dotadas, debe ser ahora de manera aproximada igual que antes. ¿Por qué, entonces, esa esterilidad, ese vacío en realizaciones culturales de toda índole?... la responsabilidad por aquel vacío cultural, de las tantas veces citadas mediocridades, al no estar en los hombres tiene que recaer en el **clima o ambiente** cultural de la época. Esto es claro y nos lleva a la consecuencia de que caso de tener hoy treinta o cuarenta años algunos de esos filósofos, físicos, literatos o políticos ilustres que tanto abundaron en la primera mitad del siglo y que tan gran lustre le dieron, no podrían llevar a cabo hoy las hazañas intelectuales que les inmortalizaron. En torno del Mediterráneo florecen los olivos, en los climas templados las uvas, las manzanas, las peras, los duraznos, en los tropicales las pinas y los plátanos; ¿Por qué no habría de haber, parejamente, ciertos climas humanos o sociales más propensos que otros para los quehaceres intelectuales de un cierto estilo?".⁵

Esta singular "atmósfera", que, como una espada de Damocles, pende sobre nuestras cabezas, es, en gran parte, el resultado de un cierto ánimo ante la vida. De un modo de enfocar la realidad que se divide en tres "provincialismos". Por un lado, el que proviene del hecho de que nuestras sociedades occidentales estén en buena medida, compuestas y dirigidas por jóvenes que adolecen de la falta de una serena experiencia, del tino y la prudencia que siempre aconseja y en ocasiones exige la vida. Por otro, el que propende a exhibir un nacionalismo extremo y trasnochado en un mundo como el de hoy que, precisamente -a diferencia de otras épocas de la historia-, distínguese por su marcada interdependencia y cosmopolitismo, y en (que la cerrazón de fronteras deviene en atraso suicida. Y, finalmente, el de una especialización libresca ideológica, en el que se da la subjetiva seguridad de que se está instalando en una doctrina, en un "ismo" que posee toda la verdad -la verdad misma-, prestando así, sistemáticamente, oídos sordos a toda discusión esclarecedora. De ahí en adelante, el reto de la mediocridad se desgrena en un "ir mostrando" -de mostrando también-, en caracterizar y explicar, las manifestaciones de la mediocridad hoy triunfante: la tendencia a considerar el "consensus omnium" como infalible criterio de verdad; la confusión reinante entre el ser y el parecer; la ausencia de la imaginación; la pura negatividad y la carencia de una auténtica originalidad; la "metodomanía", que induce a convertir los medios en fines; la planificación excesiva y sus consecuencias; la proclamación de un pretendido "hombre nuevo", que de "nuevo" sólo el nombre tiene; la falta de un espíritu realmente crítico y el regodeo en los cambios por los cambios mismos; las demasías, estériles avasalladoras, que se disparan desde todos los flancos; los crasos errores que minan los actuales sistemas educativos; la proliferación de toda clase de justificaciones, que hunden sus raíces en inconfesables soterrados sentimientos; los tópicos y los clichés que de tanto ser aireados, sin pausa y por doquier, constituyen para la mayoría la realidad misma; la marea de poses progresistas, en el fondo tristemente reaccionarias; etcétera...

Camino de sensatez, el segundo de la trilogía publicado en 1990, nace al compás de una frenética danza de acontecimientos que se suceden relampagueantes, hacen historia y causan la sorpresa y adoración del mundo entero. Corren los últimos años de la década de los ochenta. La Unión Soviética y los países satélites del este de Europa se resquebrajan. 198 muere Chernenko y, en marzo, sube al poder Mijail

4 Francisco Álvarez, **El reto de la mediocridad** (San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1986), pp. 28-29.

5 **Ibid.**, pp. 97-98.

Gorbachov, quien, con el paso de los meses, convencido de la necesidad de una reestructuración total y de una mayor apertura para su país, con visión y agallas echa su cuarto a espadas al proponer la "perestroika" y el "glasnost". 1989: en febrero, el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética abre la vía del pluripartidismo; un 20% de los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, de las 15 repúblicas, es derrotado en las elecciones al nuevo Congreso de los diputados del pueblo; en el segundo semestre, los regímenes socialistas del este de Europa caen uno tras otro; el 9 de noviembre, el Muro de Berlín es destruido... Por su trascendencia y repercusiones, éstos y muchos otros sucesos más conviértense ya, desde el momento mismo en que ellos tienen lugar, en hechos auténticamente históricos que, precisamente por eso, no necesitan esperar el paso del tiempo para que la posteridad los pueda registrar como tales en los anales de este fin de siglo. Con esta vorágine enfrente, nuestro autor se apresura a escribir **Camino de sensatez**, dejando ahora aflorar a través de sus páginas una serena esperanza y un contenido optimismo.

Habíamos antes hablado -siguiendo el discurso de Álvarez- sobre el hecho de que estos últimos, más o menos, cuarenta años han estado presididos por una singular mediocridad que ha dado su tono a los tiempos, y de que ésta ha sido el resultado de una especie de clima cultural y conceptual. Ahora, ha de añadirse aquí que, a la creación de esa atmósfera, de ese ambiente, contribuyó, en enorme medida, la indiscutible hegemonía del marxismo, que, con sus múltiples matices y variantes, fue aumentando su éxito y expansión después de la Segunda Guerra Mundial, valiéndose para ello de una muy bien diseñada y genial propaganda, de cobertura internacional, como nunca antes se había visto en la historia. En otras palabras: la estupidez, la mediocridad, el engaño, la servidumbre y el marxismo, desde hacía tiempo ya, venían dándose fraternal y solidariamente la mano. Este conjunto de tan tristes y funestas relaciones venía siendo denunciado por Álvarez, de manera insistente en sus escritos, desde mucho antes que los acontecimientos ya citados pusieran al desnudo la gran farsa; mas ahora, ante el desplome de los países comunistas, el autor aborda el problema con un ánimo que le hace decir: "Desde hace bastante tiempo, a causa en buena parte de las ideas hasta ahora vigentes, Occidente caminaba por un sendero, que, de acuerdo con el conocido título de una de las obras del gran economista Friedrich A. Hayek, cabe caracterizar como 'camino de servidumbre'. Por haberle apurado hasta sus extremos, ahora, conscientes todos cada vez más, de hacia dónde conduce, mantengo la creencia, que es fe y esperanza al mismo tiempo, de que las gentes van a comenzar a andar con pasos firmes por un nuevo camino: el que sirve, de título a este libro...: **Camino de sensatez**".³ De ahí en adelante, y, en cierto modo, a la manera de lo que hace el cicerone con los turistas que tiene a bordo, Francisco Álvarez va mostrándonos ambos caminos y, con detallada minuciosidad, también describiendo el vasto paisaje doctrinario que los flaquea, y, aún más allá de todo eso, nos explica cómo se originaron, el porqué de sus características y hacia dónde conducen. En esta labor, vuelve a echar mano de su tesis medular que, como ya sabemos, pone al descubierto, con tono acusador, el imperio de la mediocridad, que se evidencia en un amplio conjunto de poses, clichés y conceptos que el común de las gentes acepta-en su pensar y sentir-como la verdad misma. Ahora bien, en las sociedades y entre los hombres de hoy, una buena parte de todo ese cúmulo de "lugares comunes" se concentra en la percepción que suele tenerse de aquellos aspectos, de enorme importancia, que son inherentes al cotidiano vivir y que lo afectan, individual y colectivamente, de manera muy considerable. Nos referimos, principalmente, a la sociedad, la política y la economía. Una buena prueba de la mezcolanza de conceptos, de la ligereza con que se los toma y del trasplante indebido que de ellos generalmente se hace a ámbitos muy diferentes de aquéllos en que nacieron, y en donde adquieren su justo sentido y significación, es la estrecha relación que comúnmente se establece entre los conceptos de "democracia", "libertad" e "igualdad". Encandilada la gran mayoría, quizás por lo que de sugestivo tienen estos conceptos, existe la firme convicción -"tópico", sería más exacto decir-de que ninguno de ellos puede darse a plenitud si no es por referencia y como consecuencia de los otros dos. A este respecto, nuestro autor llama la atención sobre lo errado de establecer tales interrelaciones que, por lo demás, pueden acarrear graves peligros y desviaciones. Nos dice: "Si esta segunda mitad de siglo la he podido caracterizar... como una época de mediocridad ha sido en buena parte porque el ánimo de sus gentes, aquí y allá, pero sobre todo aquí, ha vivido encandilado y como entusiasmado por una docena de fantasmas. Entre ellos, entre estos conceptos que ahora he llamado fantasmas, se hallan los de democracia, libertad e igualdad. He señalado... que la democracia, teóricamente, **su-pone** una cierta igualdad entre los hombres. Esto ha terminado por asociar un fantasma con el otro. Por esa razón los hemos unido y hemos hablado ya más de una vez del igualitarismo democrático. Asimismo, se han ligado y continúan todos los días ligándose los conceptos de democracia y de libertad; y, como, de otro lado, democracia e igualdad ya los hemos unido, ahora resulta que también se asocian igualdad con libertad. Todos, hoy, quieren todo de todo, esto es, lo más posible de todo y, además, extender todo a todos

6 Francisco Álvarez, Camino da sansatsz (San José: Libro Libre, 1990), p.34.

los ámbitos. Ahora bien: esta tendencia es prueba palpable de una cierta ingenuidad, de hacer alardes de pensamientos desiderativos, de confusión de lo posible o de lo deseable con lo real; en fin: de mediocridad".⁷ Y un poco más adelante, como para reafirmar su análisis sobre este asunto, transcribe un fragmento de Barzam que, no obstante su brevedad, es muy elocuente, pues plantea todo el meollo del problema: "Mas he aquí que leo en un artículo del profesor Jacques Barzam, historiador norteamericano de la Universidad de Columbia titulado El teorema de la democracia '[...] la fuerte tendencia hacia una mayor igualdad y el intenso deseo de un grado más alto de libertad se hallan más que nunca en conflicto. La libertad pide un régimen que gobierne en la menor medida posible; la igualdad, un régimen que gobierne en la mayor medida posible. No es sorprendente que las instituciones y los ciudadanos del mundo libre se hallen en tensión'. Lo que dice el historiador es totalmente cierto".⁸ Y de esta manera, a lo largo de las páginas de Camino de sensatez y mediante extensos y sólidos análisis, el autor nos alerta sobre éstos y muchos tópicos más, tales como, por ejemplo, el del tan traído y llevado "bien común", o el de la supuesta diferencia existente entre las así llamadas "libertades formales" y "libertades reales", o el de la muy trillada "ley de la selva" e "individualismo" que, sistemáticamente, le son atribuidos a una determinada concepción socio-económica, de cuya simple mención se ha hecho casi un insulto... y así varios otros por el estilo.

Ahora bien, es al marxismo al que, con la habilidad de un experto cirujano, Francisco Álvarez aplica el bisturí para dejar al descubierto las verdaderas entrañas de una doctrina que -hablando de tópicos precisamente- ha sido el "gran tópico" del presente siglo, arrastrando consigo muchos otros más y de no poca cuantía. En otras palabras, todo el andamiaje ideológico que le ha servido de soporte, ha cargado también el gran peso y responsabilidad de guiar a una enorme masa de seres humanos hacia crasas y erróneas interpretaciones de las realidades sociales, políticas y económicas, y de los tantos y tantos conceptos que para su análisis se han esgrimido, sin dejar además de lado la formulación de un amplio repertorio de supuestas leyes, caracterizadas como "científicas". Según nuestro autor, el marxismo, igual que cualquier otro sistema de ideas, surge, entre otras razones, porque al ser humano le es consubstancial la necesidad de creer, sobre todo al considerar que la vida es riesgo, incertidumbre, duda e inseguridad. Por ello, de cara a las acciones y metas que, de continuo, se propone el hombre, es esencial el creer, al menos, que existe la posibilidad de que lo proyectado se haga realidad en el futuro, y por eso, y de ahí, la justificación, el sentido, los esfuerzos y sudores del presente. Hay, sin embargo, creencias de más valor que otras. Las hay, pues, mediocres y otras que no lo son. El marxismo ha si una creencia mediocre, entre otras causas, por fanatismo y consecuente intolerancia de que se revestido, y porque su prestigio se ha debido más hechizo de sus promesas que a la naturaleza misma su doctrina. Y, porque los extremos ciertamente tocan, en esto, como en otras muchas cosas más, fascismo y el marxismo son gemelos y bien se entienden. Más por otro lado, los hechos mismos se han encargado, por encima de toda especulación, de dar un rotundo y demoledor mentís que ha echado f tierra doctrinas, sociedades y muros. Ante esta nueva encrucijada que nos pone la historia a los hombres hoy, se está a la búsqueda de una nueva **morada** -como gusta llamar nuestro autor- que, en su criterio, 'lie que parecerse mucho a lo que hemos vivido por el la de acá. Eso sí; sin los excesos, sin las demasías. U nueva morada en la que la propia libertad, no ninguna autoridad totalitaria y omnipotente, se encargue poner freno a cualquier manifestación de libertinaje en la que una cierta moderación atempere los deseos de nimiedades fútiles y de escaso valor. [...]. Mas, para ello, espero que sepamos escoger el 'camino de sensatez'.⁹

Con **Los intelectuales y sus mitos**, aparecido 1992, se cierra el ciclo y se pone punto final a esta extensa trilogía crítica de la que hemos venido at ocupándonos. Su título, en cierto modo, lo dice to por anticipado o, por lo menos, es lo suficientemente expresivo como para hacernos suponer por don pueden ir, esta vez, los planteamientos de su autor, sobre todo "si no se pierde de vista lo expuesto en l dos obras precedentes. Trátase ahora de un "cara cara", de un 'ajuste de cuentas", con los intelectuales con, según dijimos en líneas anteriores, los del gremio. Según se mire, no es mucho el tiempo que ha transcurrido desde los importantes acontecimientos, ya referidos, que escribieron rápidamente nuevas páginas la historia en las postrimerías de este segundo milenio. Pero, para nuestro autor, centinela sin tregua de contorno y de todo cuanto en él acontece, es un tiempo lo suficientemente largo como para poder determine examinar las nuevas actitudes de los intelectuales, asimismo, barruntar su talante y comportamiento futuros. Los cambios sociales, políticos y económicos han sido enormes; ante lo incontrastable de los hechos, gentes han ido poco a poco variando su óptica de realidad; pero los intelectuales no dan su brazo a torcer. Sus cambios han resultado ser más aparentes q reales, simplemente "cosméticos", pues sigue en ellos

7 *Ibid.*, pp 25-26.

8 *Ibid.*, p. 27.

9 *Ibid.*, pp. 174-175.

subyacente todo el "aparato conceptual" -en el fondo exactamente el mismo- a cuyo través estuvieron interpretando, durante las últimas décadas sigloventinas, la realidad toda. Por eso, ante la obstinada negativa de éstos a sinceras y substanciales rectificaciones, Francisco Álvarez se da a la tarea de escribir este libro con el propósito -una vez más- de desmitificar, esclarecer y orientar, pero sin poder ahora ocultar su desilusión al ver que los intelectuales parecieran ser del todo irrecuperables. Sobre todo los intelectuales latinoamericanos -a los que casi exclusivamente se dirige el autor- que, en su gran mayoría, como partiendo del supuesto de que lo uno no puede cabalmente darse sin lo otro, han unido siempre el ámbito de lo intelectual con un ferviente partidismo de izquierda o, por lo menos, con una complaciente pose izquierdizante, sin dejar de lado tampoco la conjunción con un americanismo e indigenismo que esconden una amalgama de creencias mediocres, resentimientos y complejos.

Salvo la porción de verdad que en todo sistema de ideas siempre hay, la adhesión a ciertas doctrinas, caracterizadas por su estrechez de miras y fanatismo, ha impedido que los intelectuales tomen la justa y necesaria distancia entre lo real y lo ideal, entre lo que se es y lo que se desea ser. Y así, por ver más los árboles que el bosque, al no tener una "visión de conjunto", sino chata, sus análisis y críticas han estado mal orientados, y, por otro lado, convencidos de que sus verdades son la verdad misma, han carecido de una honesta y sincera autocrítica. Dice el autor: "Como la conciencia de cierta inferioridad, de lo que hoy denominase subdesarrollo, viene, si no de siempre, por lo menos de bastante atrás, la proclividad a hacer recaer la responsabilidad en los **otros** mantúvose como una constante, variando sólo la forma como se procedió en la identificación de ese **otro**";¹⁰ y más adelante señala lo siguiente: "Tomando la palabra en un sentido amplio, los intelectuales son quienes están capacitados para ejercer la crítica y quienes, efectivamente, la hacen. Ahora bien: mi opinión es que la crítica que hasta la actualidad han llevado a cabo en esta parte del mundo ha estado mal dirigida, apuntando hacia donde no estaban las verdaderas causas de los males y dando conscientemente las espaldas, para no ver, allá donde se encontraban las reales y verdaderas. Procedieron así, en buena parte, por convicción, pero también, en muy buena parte, por conveniencia".¹¹ A tono con esta manera de abordar la realidad y de enfrentar los problemas en ella existentes, los intelectuales, cómodamente instalados en el recinto que casi por definición les es como natural y propio, esto es, en las universidades, se han pasado cansinamente el tiempo elaborando -y aireando a los cuatro vientos- una curiosa mezcla de ideas y creencias, destacándose entre ellas especialmente las de "dependencia", "realidad nacional", y las de "las raíces propias" e "identidad". Pero he aquí que estos desvelos y esfuerzos de los intelectuales bien pueden producir, paradójicamente, todo lo contrario de lo que "buenamente" pretenden. Y es que, por ser el mundo de hoy el más pequeño e interdependiente de toda la historia, el aislamiento, la plena autarquía y la total independencia de los Estados no son posibles. O, si se prefiere, al revés: son posibles; pero, eso sí, suicidas, pues sería a costa de un atraso brutal y de un profundo descenso en los niveles de vida. Por otro lado, la obsesiva insistencia en fijar la atención únicamente en "lo propio", con exclusión de todo lo demás, revela cerrazón provinciana, ausencia de espíritu crítico, dogmatismo y desconocimiento de que, en lo concerniente a la historia y a la cultura, a sus creaciones y manifestaciones, en la condición humana está el ser herederos de otros pueblos, culturas y tiempos. Aun así, esta oposición sistemática a lo que no es supuestamente "propio" no sería tan grave, ni tendría tantas y tan funestas consecuencias, si no fuera por el modo y manera con que se hace. Al respecto, apunta Francisco Álvarez: "Oposición, pues, bien, pero **dentro-de**; no mera oposición que se empecine sólo en **ser-contra**. No son éstas meras sutilezas en el decir. De que se entienda bien lo que con ello quiere expresarse dependerá que **lo americano** llegue a ser un inédito y promisorio modo de ser humano, esto es, una cultura o, por el contrario, una forma de vida negativa más bien, llena de sólo eso, **negatividades**, desalientos, resentimientos y frustraciones".⁴

En la base de éstas y de otras muchas formas de pensar y sentir de los intelectuales hallase, según nuestro autor, la hipertrofia de un racionalismo. Tratase, pues, de una visión del mundo y de la vida que lleva a creer que la realidad toda es-y tiene que ser-tal como se la concibe; que las cosas reproducen fiel y sumisamente, en su orden y conexión, la conexión y orden de las ideas; que, en suma, la razón, a la manera de lo que pretendía Kant, se yergue como legisladora de todo lo que tiene frente a sí. De ahí nace, en buena medida, el embeleso que en los intelectuales suele producir la planificación, rígida y total, que trata de poner orden y meter en cintura toda clase de cosas, a las que, en última instancia, fuerza y retuerce para que, como en un lecho de Procusto, se ajusten, encajen y metan dentro de los esquemas elaborados previamente por la razón. Por eso, la ingenuidad de creer -tal como Álvarez suele advertir- "que la vida se arregla con decretos"; y por eso también, la proclividad de los intelectuales hacia "la defensa del papel hegemónico, dirigente

10 Francisco Álvarez, **Los intelectuales y sus mitos** (San José: Universidad Autónoma de Centro América, 1992), p. 43.

11 **Ibid.**, p. 51.

12 **Ibid.**, p. 84.

y planificador del Estado", esto es, hacia los regímenes totalitarios. Este apriorismo de la razón que se apresura a vestir conceptualmente la realidad sin ni tan siquiera haberle tomado antes las medidas, guarda estrecha relación con una actitud mítica. Y es que, de espaldas a las cosas mismas, a su estructura íntima y a sus operaciones, el mito presupone ya una cierta concepción de la realidad, a la que piensa y describe imaginativa y desiderativamente. Ve, pues, el mito las cosas sin atender a lo que realmente ellas son. Y, por supuesto, quien míticamente ve la realidad, a través de mitos habrá de interpretarla. Así lo expresa Francisco Álvarez: "Es aquello por lo cual quise titular este volumen **Los intelectuales y sus mitos**. Y es que, a pesar de todo el **cientifismo** que pregonan y de que se enorgullecen, compórtanse como si la naturaleza careciera de consistencia, de ser propio y, bastara que así lo quisieran, para que se comportara de acuerdo con sus pensamientos desiderativos. Rizando el rizo pareciera como si, en efecto, se cumpliera aquello del eterno retorno y, al cabo de los tiempos, hubiéramos vuelto a la época mítica".¹³ Mas, dentro del amplio y variado repertorio de mitos que barajan los intelectuales, hallase uno que, durante casi medio siglo, ha sido el gran y supremo mito, y que, como tal, ha generado muchos otros de menor rango. Dicho mito, según nuestro autor, no es otro que el marxismo. Sin embargo, la "praxis" misma se ha encargado de invalidar la teoría y, por ello, los intelectuales, o al menos los que vivieron de lleno la creencia del marxismo, al hallarse en la imposibilidad de seguir defendiendo, con el mismo ardor y convicción de ayer, los mitos más gruesos de que hicieron gala en estas décadas pasadas, los han cambiado hoy por otros nuevos que, por derivarse de aquéllos, en el fondo no lo son tanto. Y, por otra parte, esos mismos intelectuales, fieles siempre y fuertemente aferrados a la doctrina, tratan desesperadamente de salvarla proclamando la existencia en ella de una supuesta "superioridad moral", y echando la culpa de su fracaso o bien a causas ajenas a la doctrina misma, o bien a ciertos excesos en que incurrieron los gobernantes de los países que se embarcaron en la aventura del "socialismo científico". Ante este panorama, el autor muestra su pesar al decir: "En resumen: la lección que de la experiencia podemos sacar, cuando observamos cómo los intelectuales escriben y hablan, por acá, después del derrumbe de los regímenes socialistas, es que éste apenas ha servido de mucho. La lección, repito, que obtenemos es que ellos no han sabido aprender la lección";¹⁴ y, un poco más adelante, Francisco Álvarez pone punto final a su libro con estas palabras: "...diríamos que entre el socialismo y el capitalismo no cabe una tercera solución, que recogiera, por así decir, los aspectos más valiosos de ambos. Socialismo para unas cosas, para ciertas empresas y servicios, y propiedad privada y libre mercado para otras, lo que la socialdemocracia ha intentado, no es una **tercera** posición y, de otro lado, la experiencia ha mostrado que tampoco funciona, porque en torno a lo socializado se tiende a crear una burocracia tan grande que asfixia y dificulta la vida económica de la sociedad toda, aparte que termina por hacer de mala calidad y malos los servicios a este sector de la economía encomendados. Ello no quiere decir, como tantas veces hemos dicho, que el Estado esté de más. Pero la tendencia actual del mundo, no por moda o capricho, sino como resultado de la experiencia del otro camino y de sus frutos, es la del libre mercado, el pluralismo, la competencia y la propiedad privada y esto último tiene un nombre: capitalismo. Si éste no gusta, por las connotaciones que tiene y, en su lugar, se quiere ponerle otro, eso es cuestión de nombre y nadie va a oponerse a ello".¹⁵

Así termina esta extensa trilogía crítica que nuestro autor destina a combatir la mediocridad, la poquedad de espíritu y el fanatismo, a deshacer mitos y a señalar rumbos de mayor equilibrio y sensatez. El hombre se delata en sus obras, y Francisco Álvarez, en su producción intelectual, se nos muestra como lo que realmente es: un pensador de casta, de saber enciclopédico, filósofo de alturas y profundidades, intelectual honesto, abogado y humanista. A través de toda su obra, Álvarez se nos revela como un insigne representante de la Escuela de Madrid y como egregio heredero del pensamiento de Ortega y Gasset, su maestro personal, pues, entre otras muchas razones, exhibe una autenticidad y fidelidad a sí mismo inusitadas-especialmente en los tiempos que corren-, y porque, ajeno a toda pedantería y enemigo de las demasías, no sólo hace válido aquello de que "la claridad es la cortesía del filósofo", sino que también, y muy fundamentalmente, al detener su profunda y serena mirada sobre la abigarrada cotidianidad y sobre el alocado trajín de las sociedades de hoy, contribuye a esclarecer que la filosofía, lejos de ser un saber estratosférico y abstruso, ocupase de la vida de cada cual y de su circunstancia, en aras de llenarlas de inteligibilidad y sentido. Por sus valientes denuncias, por su claridad, rigor y profundidad, Álvarez es demoledor o, si se prefiere, bastante incómodo, particularmente para quienes, viéndose retratados de cuerpo entero en las obras de este pensador, no tienen -por dogmatismo o por engreimiento- ni la capacidad, ni la humildad suficiente para reconocer la verdad de sus críticas. Como sucede siempre con los grandes pensadores, frente al pensamiento de Francisco Álvarez González cabe adoptar distintas posiciones, que van desde compartirlo hasta combatirlo. Pero lo que no se puede ciertamente hacer es darle la espalda. Pues ignorarlo sería hacer alarde de fanatismo y de mediocridad.

13 *Ibid.*, p. 193.

14 *Ibid.*, p. 222.

15 *Ibid.*, p. 224.